

La Palabra de Dios Produce Unidad



"Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mateo 28.20). Ya en los Proverbios (29.18) dice Dios que "sin profecía (enseñanza) el pueblo se desenfrena". La fe en Cristo no tendría ningún valor si no fuese por el valor de su doctrina que dirige la vida del creyente, y, con ello, también la marcha de la iglesia. El evangelio de Cristo no fue dado a la raza humana para tener un motivo de disputas interminables, sino para que lleven su vida conforme a los deseos del Señor contenidos en las buenas nuevas. Sin la enseñanza del evangelio, el pueblo no conocería la voluntad de Dios. Las palabras del Señor tienen valor eterno, y así influyen en la vida de aquellos que viven por la palabra de Dios (Marcos 13.31; Juan 12.48).

La doctrina de Cristo ha sido dada una vez para siempre y debe ser aplicada a la vida de los que creen. Una doctrina se aprende y se vive. El cristianismo es algo imposible de realizarse mientras sus defensores digan "yo lo sé", pero no lo cumplan (Santiago 1.16-25).

Muchos dicen que todo lo que vale es la fe, y que el bautismo no es importante. Otros enseñan que la cena del Señor ha de celebrarse sólo una vez por año; y así todos manifiestan opiniones que no pueden ser probadas con el evangelio (Gálatas 1.6-10). La palabra de Dios tiene que comunicarse en toda su pureza para ser vivida. Sin vivir según la palabra de Dios, el cristiano se reduce a ser una víctima de su propia ignorancia, profesando religiosidad sin obediencia y la disposición de glorificar a Cristo conforme al evangelio.

El apóstol Pablo decía a los hermanos en Tesalónica: "pues habiendo antes padecido y ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos desnudo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición. Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño, sino que según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos, no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Pues nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos cargar como apóstoles de Cristo" (1ª Tesalonicenses 2.2-6).

Cuando el ser humano no acepta el amor por la verdad de Cristo en toda su integridad (2ª Tesalonicenses 2.10), entonces es cuando la iglesia se divide, se pervierte, y se deshace, destituyéndose a una secta sin aprobación divina. Una placa sobre la puerta de entrada no garantiza nada. Cristo vive en el corazón de los que honradamente le buscan. "Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido" (2ª Tesalonicenses 2.15).

Pablo dice a su joven colaborador de nombre Timoteo que se muestre "de buena conciencia, y de fe no fingida" (1ª Timoteo 1.5). Solamente una fe no fingida puede mantener al hombre de Dios en el camino. A los Corintios les ordena: "a no pensar más

de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros" (1ª Corintios 4.6).

Las ideas religiosas de los hombres nunca han producido algo útil o bueno. El liberalismo aparta la gente del camino de Dios, y ciega al creyente frente a la verdad de la Escritura. No debemos añadir ni quitar (Apocalipsis 22.18-19). La iglesia de Dios está fundada sobre la divinidad de Cristo (Mateo 16.13-18; Hechos 4.12). Si el hombre interfiere con sus interpretaciones y aplicaciones erróneas, corrompe la doctrina de Cristo, y el resultado nunca puede ser la iglesia del Señor. Las tradiciones según el Evangelio son buenas; pero las tradiciones de los hombres causan división y muerte espiritual. La unidad del camino de Dios es posible cuando los hombres se someten al evangelio con obediencia. "Que no enseñen diferente doctrina" (1ª Timoteo 1.3). Los cristianos han de enseñar la verdad de la palabra de Dios (1ª Timoteo 1.19-20; 2.7). Los cristianos deben persistir en la doctrina de Cristo (1ª Timoteo 4.16). Pablo mandó "que se guardare el mandamiento sin mácula ni reprensión" (1ª Timoteo 6.13-14).

El camino más seguro al sectarismo es el de la división, la motivación errónea de seguir a Cristo, la conversión superficial al Señor, la desobediencia manifestada en la forma liberal de interpretar la palabra de Dios y de aplicarla a la vida diaria. A los contumaces, habladores de vanidades y engañadores... es preciso tapar la boca, pues, "trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesto lo que no conviene" (Tito 1.10-11). Dios no mira al número voluminoso de una iglesia local sino a los corazones de sus miembros. Nada es más fatal y dañino para la iglesia de Dios que la carnalidad y la superficialidad de acciones de sus miembros.

Cuando no hay amor, no hay cristianismo. Cuando no hay amor, no hay obediencia, y sin obediencia no hay iglesia de Dios sino un grupo de hombres mal informados, un foco de infección permanente en el cual se enfermarán los buenos. Juan 14.15 habla de la importancia exclusiva de amar a Cristo con el fin de obedecerle y hacer así su voluntad. La fe legítima produce amor, y el amor resulta en obediencia.

Pablo afirma que el Señor Jesús vendrá "en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder" (2ª Tesalonicenses 1.8, 9). Es preciso quedarse en la enseñanza de Cristo (Juan 15.1-8). La conducta arbitraria de miembros de iglesias, si éstos son ancianos, diáconos, evangelistas, o simples miembros del cuerpo de Cristo, los apartarán definitivamente del amor de Dios. ¡Nadie se engañe! Dios no puede ser burlado. El materialismo ciega y produce una falsa confianza en la vida de los hombres. El materialismo produce seres humanos insensibles. El materialismo construye edificios, produce riquezas y bienestar, pero empobrece el corazón humano y lo hace inútil para la vida de Dios.

El fundamento de la fe y de la Iglesia es Cristo (1ª Corintios 3.11). Sobre este fundamento se construye la vida y obra de los seguidores de Cristo (versículo 12). Lamentablemente, demasiadas almas construyen sobre el fundamento de baja y confusa calidad: madera, heno, hojarasca. El principio de la semilla dirige la vida. Así como de la semilla de un tipo específico de manzana no puede nacer un cerezo, así es imposible que de la semilla evangélica nazca algo malo. No es posible que un buen árbol dé malos frutos (Mateo 7.15-20). La obra de cada uno se hará manifiesta.

El hombre de Dios es comparado por Pablo con el templo de Dios, en el cual vive el Espíritu Santo. "Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él" (1ª Corintios 3.17). También nos da la motivación: el templo de Dios, el cristiano, es santo. Sin santidad honesta, sincera y verdadera no hay cristianos. Pedro decía: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5.29). ¿Acaso no residen muchos males en la interpretación y aplicación de este versículo de la palabra de Dios? Una iglesia no es más ni menos de lo que son sus miembros. Dios desea un hombre nuevo, puro, santificado.

El pecado de los Corintios era la división en grupos de interés, mostrando acepción de personas e inclinación por la corrupción humana. Quedarse en una misma mente significa que no haya dos opiniones. El evangelio es uno. Su enseñanza es una. ¿Que te hace especial a ti? ¿El privilegio, el interés personal, la política, la sed por poder y dinero, la influencia? ¿Por todo ello eres capaz de destruir la obra de Dios? Las contiendas son las manifestaciones de desobediencia frente a la palabra de Dios. La formación de grupos antagónicos en la iglesia es una demostración pobre de mentalidad provinciana. Jamás persigue los intereses del Señor. Antes es la obra de la carnalidad (1ª Corintios 1.10-b). Pablo dice que la fe de los cristianos no debe estar fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1ª Corintios 2.5).

Los miembros de la iglesia han de aprender a rechazar toda manifestación de mal por cualquier miembro. La tolerancia del mal es complicidad. Cuando una iglesia local no muestra amor por la verdad de Dios, amor al prójimo, amor por la evangelización, amor por una vida limpia; no tiene el derecho de llamarse "la iglesia del Señor"; sino que se habrá relegado a ser una secta desobediente frente a los mandamientos de Dios.

enrique.cisnerosmadriral@gmail.com

<http://henrycis.com>